

El Efecto del Pecado en un Ser Eucarístico

La creación del mundo y su re-creación en y a través de Jesucristo esta interconectada con varias situaciones en la historia de salvación; una de las cuales es el hambre humana. El hombre y la mujer son creados como seres que sufren hambre y lo encontramos en el libro de Génesis. Dios, en cambio, les da la creación para satisfacer el hambre. “Y añadió: Les entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para ser sembradas; y todos los árboles que producen frutos con su semilla les servirán de alimento.” (Gn 1:29) Cuando Dios re-crea al mundo a través de Su Hijo Jesucristo, la imagen de satisfacer el hambre es central: “...para que coman y beban en mi mesa cuando yo reine...” (Lc 22:30) El profeta Isaías describe el banquete Celestial con estas palabras: “El Señor todopoderoso preparará en este monte para todos los pueblos un banquete de exquisitos alimentos, un banquete de buenos vinos sabrosos alimentos, vinos deliciosos. (Ls 25:6) Entonces, el hombre es descrito por la Revelación Divina como un hombre que sufre hambre en su cuerpo pero también en las cortes del Dios Vivo. “Oh Dios, tú eres mi Dios, desde el amanecer te deseo; estoy sediento de ti, a ti anhelo en una tierra sedienta, reseca, sin agua. Quisiera contemplarte en tu templo, ver tu poder y tu gloria. Tu amor vale más que la vida, te alabarán mis labios,” (Sal. 63:2-4) “*Me saciaré como en un espléndido banquete, y mi boca te alabará con alegría.*” (Sal. 63:6) “*Como busca la cierva corrientes de agua, así Dios mío, te busca todo mi ser. Tengo sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?* (Sal. 42:2-3) Consecuentemente, el hombre y la mujer no solamente sufren de hambre en el cuerpo (la carne) pero también en el espíritu; sus almas también sufren de hambre de Dios, por la vida sacramental de la Iglesia que Jesús le ha dado a ella de su costado perforado. El hombre y la mujer están hambrientos por el Dios Eucarístico.

Pero desde los orígenes del hombre y la mujer y su hambruna en el Jardín de Edén, también encontramos la desfiguración y la contorsión de esa hambre causada por Satanás y sus engaños. El horror del pecado del Jardín de Edén es que el hombre rehúsa regresar al amor de Dios con su obediencia. En cambio el hombre elige amar al mundo como un fin en sí mismo, y no como un regalo de Dios. El hombre mira lo material del mundo creado por Dios como algo deseado porque fue engañado en creer que le daría algo que Dios no le dio. En vez de recibir la creación como un regalo de Dios, el hombre y la mujer sienten lujuria por ella. San Juan nos advierte del efecto del pecado original y su fruta envenenada, la lujuria (deseo sexual):



“No amen al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no habita en él. Porque todo lo que hay en el mundo --los apetitos desordenados, la codicia de los ojos, y el afán de la riqueza humana-- no viene del Padre, sino del mundo.” (1 Juan 2:15-16)

Antes que el hombre y la mujer pecaron ellos veían la palabra espiritualmente, como un regalo, como “la vida de Dios”, Eucarísticamente, llena de vida, significado y espíritu. En el mundo antes del pecado existía una comunión perfecta entre Dios y hombre (ser humano), entre el hombre y la naturaleza y entre la naturaleza y Dios. Ahora, en la maduración completa que el pecado inyecta contradicción, oponiendo la verdad que da vida, mejor dicho, que el mundo es en realidad un regalo de Dios, el hombre vive como si fuera natural no vivir una vida de agradecimiento a Dios por su regalo del mundo. El hombre y la mujer pecadora que no han sido rescatados no viven como seres Eucarísticos, alguien que recibe todo de Dios como un regalo. Más bien, el hombre y la mujer se convierten en tomadores codiciosos, usando sus energías, inteligencia y razón para poseer y ser dueños lo mas que puedan de este mundo. Por el pecado, se siente natural el no ser un ser Eucarístico. Las consecuencias de esta inversión de la realidad son graves. El hombre falla al no ofrecer el mundo a Dios y en cambio recibir el regalo de la vida de Dios. En cambio el hombre trata de tomar el regalo de la vida (*simbolizado comiendo del árbol de la vida**). En vez de ser dependientes de Dios, el se convierte dependiente del mundo, y esto desvía la atención de su amor de estar enfocado en Dios en agradecimiento a uno enfocado en el mundo y su ser envenenado por la codicia. El hombre y la mujer todavía están hambrientos, pero su hambre es por el mundo y no por Dios. Por lo tanto, están esclavizados por el mundo. Esto es precisamente porque Jesús les contestó: “Yo les aseguro que todo el que comete pecado es esclavo del pecado.” (Juan 8:34) Pero no perdamos la esperanza, Dios nos ha dado al Hijo para librarnos de la esclavitud del pecado, porque solamente si Jesucristo les da la libertad, serán verdaderamente libres. (cf. Juan 8:36). Esto es lo que vivir una vida Eucarística le da al que cree. El vive en la libertad de Dios, la cual no es una libertad que le da rienda suelta a la carne, pero una libertad de verdad, amor y agradecimiento, una libertad para recibir la creación de Dios como un regalo.

*Una imagen moderna de esto es la ciencia de fertilidad y clonar. Ambos representan el hombre tomando la vida y no recibíendola.